ÑO II TEGUCIGALPA, 19 DE ENERO DE 1895. NÚMERO 23.

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

AZUL PALIDO

A DARÍO HERRERA.

I

Se encontraron en el parque, en una noche de luna....

Ella era una adorable mujercita de quince años, alegre, encantadora, maravillosamente dotada de una belleza espléndida.

El, un poeta romàntico, idealmente enamorado del color, de la línea y del perfume.

Juguetona y gentil, con su traje azul pálido pasó junto á él con la sonrisa en los labios, y el poeta se quedó triste....

***

La musa de los versos de oro y de las inspiraciones luminosas se extinguía de tristeza, solitaria en el país de la bruma. Una extraña y cruel melancolía se apoderó de Jorge, cuyo espíritu sollozaba en las obscuras noches insomniales como si algo desalentador y funesto hubiera marchitado sus esperanzas, segando las ideas en la estrecha cárcel de un pesar eterno.

Mauricio, su amigo de la infancia, lo encontrò una mañana silencioso y abatido.

—¿Qué te pasa? le preguntò.

—Tengo fiebre.

En efecto, sus manos ardían y en sus ojos brillaba una chispa de locura.

—Oyeme, continuó. Estoy enamorado y sufro la calentura de la pasión. Ya ves que mi enfermedad no es del cuerpo sino del alma.

Mauricio soltó una carcajada.

—Romántico! ¿Te has enamorado acaso de la pàlida princesa del país del ensueño? O es tu novia, la amada de tus delirios, la seductora ondina de los ojos verdes que allá entre las ondas del lago encantado reclina la blonda cabeza sobre el pecho del soñador adolescente? Vamos, habla. ¿Cuál es tu ideal?

—Tu risa me hace daño, murmuró Jorge. Bien sabes que la pasión en un carácter como el mío es una grave enfermedad que puede llevarme á la tumba. Por otra parte, pasó la edad aquella en que me forjaba mil caprichosas historias, juzgándome héroe de los sueños de las princesas ó adorado príncipe azul de los inocentes anhelos de las vírgenes enfermas. Ahora estoy por primera vez locamente enamorado de una adorable criatura que tú conoces muy bien.

—¿Elisa?

—La misma.

—Me lo figuraba. ¿Con que eres mi rival? Bah! no te aflijas, querido. Ella te adora. Anoche mismo me decía que no conoce muchacho tan simpático como tú.

***

Jorge despertó aquella almita virginal, á la vida del amor, en plena adolescencia. Para él fueron todos sus candores, todas sus inocencias, todas sus ternuras. Hizo vibrar en el espìritu de Elisa la nota de la pasión, enérgica, ardiente, llena de luz y de tempestuosas harmonías. Bajo el sol de primavera, con el vivificador rocío de aquel afecto inmortal, surgió un florecimiento de esperanzas y un mundo nuevo de aurorales ilusiones. Fué un idilio del espíritu en el que la materia no tuvo la menor parte. Eran amores de niños, mariposeos de almas cándidas....

Sin embargo, cuatro meses después él empezaba á aburrirse. Apesar de su idealismo

de poeta soñador, el hastío hincó sus garras en su corazón. No le bastaban ya las frases cariñosas, las miradas, las sonrisas....quería algo más. El era así. No se satisfacía nunca. Lo más deseado, apenas obtenido, llegaba á aburrirle. Su carácter, extraño y excéptico, estaba en eterna lucha con sus ambiciones, como invencible obstáculo para su felicidad. Expuesto desde niño á los huracanados vientos de la existencia, había salido de los primeros combates con el espíritu enfermo de una nostalgia abrumadora: sin fe, con el porvenir lleno de nieblas, triste y solitario, cruzaba el mundo iluminando su camino con los resplandores de su luminosa inteligencia. Pobre de bolsillo pero rico de esperanzas, comenzó á luchar con alientos sobrehumanos. La gloria le sonreía y el amor había endulzado muchas de sus horas serenas; pero luego empezaron las contrariedades, las decepciones sombrías, y la duda sepultó sus aspiraciones de luz en el abismo de un hastío supremo. Agobiado por inmensa, por infinita tristeza, herido de muerte en sus ilusiones, pobre poeta enfermo del país glacial, era un pasajero en este mundo que atravezó con la frente orgullosamente levantada. Pasó por la tierra como una vaga melodía, se desvaneció como un perfume, dejando un recuerdo doliente y cariñoso. Sus versos fueron flores de un jardín ideal, sus estrofas tenían alas. Mariposas blancas, libelulas azules, que ahora revolotean sobre su tumba!....

***

Elisa encadenó aquel carácter indómito y altivo con lazos de rosas y violetas. Inocente y seductora, fué rayo de luz, musa y poesía de aquella alma desolada. Con exquisito cuidado quiso disipar las nieblas que la rodeaban y hacerle olvidar con sus ternuras los muertos delirios y las ilusiones destrozadas por la realidad. Nunca mujer tan noble y leal fué como aquella princesita rubia. Lo arrulló con sus cantos, lo acarició con sus esperanzas, mimándolo como á un chiquillo voluntarioso y querido; pero algo fúnebre y sombrío flotaba alrededor de Jorge: algo que lo perseguía en sus días sin sol y lo ponía loco y desesperado en las noches de bruma.

El sintió que su amor iba extinguiéndose lentamente, muriéndose de frío. Ya no se reanimaba á la voz de su amada ni temblaba al estrechar su mano. Pronto nada sería capaz de encender aquellas cenizas. Así lo comprendió élla también. Aunque Jorge era siempre el mismo, con esa particular delicadeza de la mujer enamorada, comprendió que aquella alma se escapaba á sus caricias, que aquel corazón ya no palpitaría con el suyo. Fué desde entonces más afectuosa y solícita, más tierna, más humilde; pero en vano luchó: en vano rodeó la existencia del joven de una aureola de amor, de un perfume que le hablara siempre de élla....no se había cruzado una sola palabra que expresara la angustia que los devoraba y ya las sonrisas ocultaban las lágrimas. Los dos sufrían intensamente, en silencio, sin poder consolarse....Ella cada día lo amaba más y él sentía crecer su indiferencia. Desesperado ante aquel mal irremediable, se dejó querer sin hallar una frase con que corresponder á tan tierna abnegación. Su alma noble entabló una lucha cruel con el sentimiento que lo hacía infeliz y quedó vencida!....Desde entonces un negro pensamiento se dibujó sombrío sobre la palidez de su frente, sus ojos brillaron con un fuego extraño y la sonrisa no volvió á aparecer en sus labios....

***

Los últimos días de aquella existencia fueron obscuros y tempestuosos La naturaleza material pugnaba por lanzar muy lejos las ideas enlutadas; pero algo en su interior las acariciaba con anhelo. En verdad que era el único remedio para su mal: sólo aquel acto le devolvería la libertad. Hundido en el dolor más sombrío, perdido en la noche de todas las desesperanzas, sin ilusiones, sin amor....huyó del mundo para siempre en una tarde de invernal melancolía....

***

Cuantos no padecemos tu enfermedad, ¡oh apasionado adorador de lo infinito! ¡oh pobre poeta! ¡oh artista pálido del país glacial!

F. TURCIOS.

1895.

EN LA SOMBRA

—

Germina entre este capuz
el verso, y sale después
como de un vidrio al través
saliera un rayo de luz....
clávenme sobre una cruz,
si rehusan la palestra;
y así en la canción siniestra
que escribo hoy potente y bravo
punto final será el clavo
que me sujete la diestra!

Querer decir de redondo
lo que en mi dolor se fragua
es así como echar agua
dentro de un tonel sin fondo...
el dolor cuanto más hondo
menos en palabras fluye....
el suplicio no concluye
por más que Tántalo brega:
¡el agua, que nunca llega!
¡el fruto, que siempre hüye!

¡Oh Insulto: no te levantes....
¡oh Estrofa: sigue dormida....
¡la Suerte no se intimida
con signos amenazantes!
ya amenazas no; porque antes
que se funda el nuevo cuño,
se cicatrice el rasguño
y vuelva el dardo al carcax,
¡llegará á cansarse Ayax
de tener cerrado el puño....

José S. CHOCANO.

Perú, 1894.

RIMAS

—

EN EL ÁLBUM DE LA EXIMIA CANTATRIZ I....H.

—

PARA "EL PENSAMIENTO"

—

El rumor de las notas
de tu garganta,
es música del cielo,
música blanda,
que me trasporta
en dulces emociones
hasta la gloria.

—

Tu reproduces, niña,
niña hechicera,
el murmullo del agua
cuando golpea,
y el canto suave
que entonan los jilgueros
todas las tardes.

—

Es tu voz armoniosa
cual los arpegios
de las sublimes arpas
que hay en los cielos
y son tus trinos
dulces modulaciones
de gratos himnos.

—

Que siempre sean las notas
de tu garganta,
puras y encantadoras
como lo es tu alma,
y que así vivas,
entre aplausos y glorias,
felices días

Sixto MORALES.
(Peruano)

Arequipa—1894

RECUERDO

A MI QUERIDA DELIA.

Alta, blanca, de formas perfectas; los grandes ojos negros, brillantes como estrellas, y de mirada tan dulce y tierna, tan llena de pureza que penetra hasta lo más íntimo del alma; el cabello negro también, lustroso y abundante se riza sobre su frente pálida, cayendo después en ondas sobre sus espaldas de alabastro; la boca fresca, rosada, de forma purísima.

Estaba sentada; y los anchos pliegues de su traje blanco descansando sobre la alfombra descubrían apenas su lindo pie: un verdadero pie de niña pequeño y delgado, cubierto con

zapatitos de raso blanco; las mangas, algo estrechas, permitían admirar la morbidez de los brazos; la mano fina, delicada, aristocrática. Ceñía su talle escultural un ancho cinturón de raso azul, cuyos cabos flotantes caían graciosamente sobre su falda.

Y sobre aquel conjunto de adorables perfecciones, rodeándola como de castísima aureola, un aire de juventud, de frescura primaveral, de divina inocencia.....

***

Ella, vestida de negro, estaba á sus pies y llorando amargamente escondía su rostro, marchito y triste, sobre las rodillas de la Virgen.

—¡Madre mía! madre mía, perdonadme!

Y cuando en medio de su dichosa angustia levantaba la cabeza y se atrevía á fijar su mirada en aquel rostro bello y soberano, la dulce sonrisa que vagaba en los labios de carmín llenaba su alma de consuelo y de esperanza.

Claridad suavísima iluminaba aquella mística hermosura: su aliento esparcía un perfume celestial.

Dios mío! qué pequeña, qué imperfecta y miserable se veía y se sentía ella ante aquella gloriosa aparición!

Profundamente conmovida repitió sollozando su súplica vehemente:

—Madre-Virgen, perdonadme!

—Entonces sintió sobre su frente la blanca mano que la acariciaba con ternura; adivinó que la miraba dulcemente....

Alzó los ojos, y de los bellos labios salieron como un canto puro y armonioso estas palabras: Hija mía!

***

Cuando despertó, tenía los ojos llenos de lágrimas y sentía en el alma lo que nunca había sentido.

LEONOR.

Noviembre de 1894.

PRELUDIO GRIS

A. M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

Como reina viuda, su crespón inmenso
la enlutada noche por el cielo extiende;
y la luna, enferma, tras del velo denso
de pluviales nubes, de la mar asciende.

Sobre la baranda del balcón marmóreo
reclinado, sólo, el poeta medita;
mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
con sus recias alas sollozando agita.

Su flotante clámide al lejos la bruma
desenvuelve en vagos, nostálgicos limbos;
y fosforescente, vibrátil, la espuma
nimba el oleaje con argénteos nimbos.

Febril el poeta siente en la cabeza
de insomne neurósis la caricia cálida;
é imprime en su alma la musa Tristeza
el doliente beso de su boca pálida.

Y sombrios versos su cerebro labra,
donde las ideas simulan espectros
que bailasen danza trágica, macabra,
al compás de extraños y siniestros plectros.

¡Ah la alegre musa de las ilusiones
que el cerebro enflora con azules sueños!
élla ya no ritma triunfantes canciones!
ya no pinta cuadros de tintes risueños!

Ya, oh triste poeta de los versos negros,
ante los altares del amor no invocas
el bendito beso de dulces alegros,
que unía á dos almas al unir dos bocas!...

.....

La enlutada avanza; y al balcón marmóreo
solitario, insomne, el poeta medita;
mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
con sus recias alas sollozando agita.

DARÍO HERRERA.

1894.

ESTE ES EL CUENTO

DE LA SONRISA DE LA PRINCESA DIAMANTINA

Cerca de su padre, el viejo emperador de la barba de nieve, esta Diamantina, la princesa menor, el día de la fiesta triunfal.

Está junto con sus dos hermanas. La una viste de rosado como una rosa primaveral; la otra de brocado azul y por su espalda se amontona un crespo resplandor de oro. Diamantina viste toda de blanco; y es élla así, blanca como un maravilloso alabastro, ornado de plata y nieve; tan solamente en su rostro de vi-

—como un diminuto pájaro de carmín tuviese las alas tendidas,—su boca en flor, de miel ideal, está aguardando la divina del país azul.

elante de la regia familia que resplandece el trono como una constelación de poder y grandeza—en el trono purpurado sobre el tiende sus alas un águila y abre sus fau- un león,—desfilan los altos dignatarios y rreros, los hombres nobles de la Corte, que asar hacen la reverencia. Poco á poco, u- or uno, pausadamente pasan. Frente al arca se detienen cortos instantes, en tan- ue un alto ujier galonado dice los meritos orias en sonora y vibrante voz. El empe- r y sus hijas escuchan impasibles; y de do en cuando turba el solemne silencio, de hierros, crujidos de amarguras.

ice el ujier:

Este es él príncipe Rogerio, que fué gran- en Frebizondo y en Bizancio. Su aspecto de un efebo, pues apenas ha salido de la lescencia; más su valor es semejante al del go Aquiles. Sus armas ostentan un roble na paloma; porque teniendo la fuerza, ado- la gracia y el amor. Un día, en tierra de iente...."

El anciano imperial acaricia su barba argen- con su mano enguantada de acero, y mi- á Rogelio, que, delicado y gentil como un n Jorge, se inclina con la diestra en el pu- de la espada, con exquisita arrogancia cor- ana

Dice el ujier:

Este es Aleón el marqués. Constantinopla ha admirado vencedor, rijiendo con rien- s de seda su caballo negro. Es Aleón el igo, un epifaneo, un protejido de los por- ntosos y desconocidos genios. Dícese que noce hierbas que le hacen invisible y que see una bocina labrada en un diente de hi- , cuyo ruido pone espanto en el alma y eri- los cabellos de los más bravos. Tiene los os negros y la palabra sonora. En las lu- s pronuncia el nombre de nuestro Empera- r, y nunca ha sido vencido ni herido. En castillo ondea siempre una bandera negra. león, semejante á los leones de los ardientes siertos, pasa.

La princesa mayor, vestida de rosado, clava en él una rápida y ardiente mirada.

Dice el ujier:

"Este es Pentauro, vigoroso como el invencible Herakles. Con sus manos de bronce en el furor de las batallas, ha abollado el esendo de famosos guerreros. Usa larga la cabellera, que hace temblar heróica y rudamente como una fiera melena. Ninguno corre como él al encuentro de los enemigos y bajo la tempestad. Su abrazo descoyunta y parece estar nutrido por las mamas henchidas de una diosa yámbica y marcial. Huele á bestia montaraz y come carne cruda...."

La princesa del traje azul no deja de contemplar al caballero tremendo que con paso brusco atravieza el recinto. Sobre su casco enorme se alza un grueso penacho de crin.

Del grupo de los que desfilan se desprende un joven rubio, cuya barba nazarena parece formada de un luminoso toisòn. Su armadura es de plata. Sobre su cabeza encorva el cuello y tiende las alas olímpicas, un cisne de oro.

Dice el ujier:

"Este es Heliodoro, "el Poeta;" ve el concurso temblar un instante á la princesa menor, á Diamantina. Una alba se enciende en el blanco rostro de la niña vestida de brocado blanco, blanca como un maravilloso alabastro.

Y el diminuto pájaro de carmín que tiene las alas tendidas al llegar una abeja del país azul á la boca en flor de miel ideal, enarca las alas, encendidas por una sonrisa, dejando ver un suave resplandor de perlas.

RUBÉN DARÍO.

SOÑANDO

¡Cuál dulcemente al recordar tu imagen
con languidez mis párpados se cierran!
y el pensamiento, mariposa de oro,
á tu aposento en el instante vuela.
Llega y te mira, duermes: tus hechizos
cubiertos con la sábana contempla:
desnudo el brazo mórbido y ebúrneo
sostiene tu magnífica cabeza;
acá y allá regados tus cabellos

tu rostro angelical tiernos rodean,
muévese el seno con el blando ritmo
que calma del espíritu revela.
Acércase á tu oído con ternura
y te habla de mis dichas y mis penas:
cuánto yo gozo cuando estoy contigo,
cuánta es mi desventura con tu ausencia!
Y te habla de mi amor, del sentimiento
que mi alma sòlo para tí conserva,
y sonríen tus labios de amapola,
agítase tu seno y te despiertas.
Alzanse las cortinas, y dos soles
vierten su lumbre con ternura inmensa,
amoroso suspiro exhalas luego
y de nuevo tus párpados se cierran.
Viene luego el ensueño, y los deseos,
las ansias infinitas, las quimeras
que invaden tu cerebro enardecido;
las mismas són que mi cerebro encierra!
El pensamiento tuyo con el mío
se identifican, se unen, se penetran:
¿y cómo no, si el sentimiento manda,
si el amor sacrosanto es quien impera?

FAUSTO.

13 de enero de 1895.

EN EL BAÑO

Luisa tenìa catorce años, cabeza blonda, alma de ángel y un cuerpo adorablemente encantador. Atravezaba la suprema crisis en que la crisálida se hace mariposa, en que la adolescente se convierte en mujer. Era una linda chicuela espigada y risueña, lleno el corazòn de candideces y la mente de ilusiones.

Las carnes vírgenes y sonrosadas no se habían extremecido con el ardor de la juventud, ni un pensamiento lascivo había sonrojado su faz. En el alegre campo de su inocencia crecían las flores más bellas, acariciadas por una brisa primaveral, y el mundo pasaba ante sus ojos como un sueño.

Cuando la luz de la mañana teñía las rojas cortinas de su lecho castìsimo, y media desnuda se recostaba lánguidamente sobre los almohadones de seda para recitar sus plegarias, jamás se había figurado que con una sola de sus caricia podría enloquecer á un hombre y hacerle caer de rodillas á la muda templación de sus gracias ideales. Ella prendía muy vagamente el poder de su tica belleza triunfadora, y se reía á carca cuando Edgardo, aquel muchacho que l raba, la decía con su sincera candidez in te de enamorado romántico:

Qué bella eres y cuanto te amo!

***

En medio del jardín, entre un espeso que de rosales y madreselvas, estaba el artistico y perfumado. Era de mármol co, y cuando el sol chispeaba en las ven de vidrios de colores, las aguas cristalin agitaban luminosas, reflejando su in oleaje en los espejos. Luisa se extasiaba èstos brillantes juegos de luz. Todas la ñanas, cuando el jardín se llenaba de sol cogía en su delantal azul todas las rosas, de las rojas que por su lozanía semejaban renas de sangre ardiente, hasta las bla que parecían pálidas vírgenes cloróticas. su delantal rodaban en tropel á la super del agua que perfumaban, mientras se ba ceaban en sus ondas tranquilas.

***

La niña entrò al baño, dejando por ol sin llave la puerta. Dos minutos después bía cambiado su traje de mañana por uno rísimo, que dejaba descubierto su pecho virgen.

Qué hermosa estaba con los brazos des dos, suelta la cabellera de oro en desorden bre la espalda alabastrina! Los soberb contornos de sus formas purísimas se delin ban vagamente mal veladas por la flotante da de su bata.....

Al levantar los brazos para recogerse el bello delante del gran espejo veneciano, botones que sujetaban la suave curva de seno se rompieron, dejando ver dos blan y calientes panecillos, que iban á terminar un puntito ligeramente sonrosado.

Viéndose en aquella inocente y provocat posición, al admirar la blancura de su cue virginal y seductor que se confundía con mármol en que se apoyaban sus pies, se rió á carcajadas, cuyo eco se perdió lejos como una vaga melodía,

dentro del agua se entretuvo en hacer las gotas cristalinas sobre su fáz an y en deshojar las rosas que se balan- sobre la superficie. En su inocente el vestido se deslizó por su cuerpo, mplándose en el gran espejo con la son- los labios, teñidas las mejillas con el del rubor. De pronto un débil sus- escapó á sus espaldas: volvióse y lanzó rito inexplicable de miedo, sorpresa y enza.....

rodillas, con el rostro pegado á los cris- con los ojos profundamente abiertos, te, casi desmayado, Edgardo la con- aba extático.

F. TURCIOS.

INTIMAS

—

No preguntes, mi bien, no preguntes,
porqué de las lágrimas mías,
el porqué del silencio que guardo
ndo me hablas de amores y dichas.

***

Tú no sabes, mi amada, no sabes,
furioso en mi pecho se agita,
océano inmenso de penas
e entristece y amarga mi vida.

***

Oh! no creas, mi amada, no creas,
e no te amo, pues llevo escondida
pasión más intensa en el alma....
ro soy infeliz, tierna amiga.

***

Ay! en vano, en vano te empeñas
hallar en mi rostro alegría....
Desgraciado seré!....á tí te espera
n feliz porvenir, bella niña.

***

Tú me dices que todo lo vence
amor, que esperemos el día....
e dichosos seremos....¡Oh virgen,
rgen casta, que Dios te bendiga!

ANTONIO SOLORZANO.

PASIONARIAS

I.

Perfume que te has ido, calor de beso virginal, suspiro doliente y harmonioso....¿en donde estás, oh amada?

Huyeron las noches serenas, las pálidas noches de luna....en mi alma ya no hay sol sino eterna oscuridad.

En pleno dolor me abandonó la musa-alegría: mis ideas sollozan, mis versos se quejan.

Alma, me faltan tus ternuras: virgen, me muero de la nostalgia de tus besos.

La tristeza vela junto á mi lecho: el insomnio aletea sobre mi frente.

Mis pensamientos se han vuelto sombríos: son pájaros negros que se pierden revoloteando en las tinieblas.

Estoy pálido y triste. Luz, ensueño mío, tú me has enfermado el alma.

Con tu ausencia se obscureció mi horizonte y el cielo de mi dicha perdió su brillante color azul. Nubarrones negros como espectrales fantasmas lo han cubierto; y la estrella, la estrellita luminosa que allá en la inmensa altura simbolizaba nuestra esperanza, se ha ido también....

II.

Blanco lirio, flor ideal, novia mía, ¿podrás olvidarme?....Sultancita, yo soy el caballero trovador que ha cantado su pasión bajo tus rejas: ondina, yo soy el poeta que sueña con la gloria triunfal de tus ternuras.

Recuerdas?....Yo desperté tu corazón, abriéndolo á las ardientes expansiones del cariño, á los rayos del sol del amor: y como avecilla al reclamo llegaste á mí y recibiste de mis labios la primera caricia. Yo te sentí temblar en mis brazos cuando desfloré tu boca virginal con mi beso apasionado.... Desde esa noche azul de palideces ideales estoy enfermo. Sufro la fiebre del insomnio, la tristeza del bien perdido, la neurósis de la pasión.

Julieta, yo soy tu Romeo. Como terminaron los del idilio legendario, nuestros amores, románticos y tristes, han comenzado fúnebremente.

La ausencia ha lanzado en nuestros espíri-

tus su soplo glacial, enfriando las sonrisas y haciendo correr las lágrimas.

III.

Pero la ausencia sólo servirá para unirnos más estrechamente. Es en vano: nosotros hemos nacido para amarnos, para fundirnos en una sola alma. Tú eres sòlo mìa, como yo soy sólo para tí, y en estas palabras está resumido nuestro porvenir.

Nuestras ideas, sentimientos y aspiraciones se han identificado: nos pertenecemos.

Amada: no hay sombra que pueda borrar nuestros recuerdos, no hay fuerza que pueda separar nuestras almas. Se desposaron con el primer beso!

ARMANDO DEL VAL.

ALTO RELIEVE

Á ARTURO A. AMBROGI.

En la alta gradería
de la pálida estatua de alabastro,
en una noche silenciosa y fría
llena de sombra y claridades de astro;

Aquel grupo de hermosas
mujeres, tomó asiento:
con sus trajes de raso de colores
semejaban alegres mariposas
que en raudo movimiento,
volaban confundidas con las flores.

Yo me senté en el sitio más obscuro
á contemplar las trémulas estrellas,
las nubes que corrían
como góndolas blancas en el puro
límpido firmamento iluminado,
y en sus formas fantásticas y bellas
alas de esbeltos cisnes parecían
en lago de cristal inmaculado.

La ráfaga del viento
me trajo entre sus pliegues el sonido
de un apagado y harmonioso acento
que cual música ideal vibró en mi oído.

Que dulcemente inquietos
los ecos se perdían en las brisas,
como blandos rumores de secretos
contados entre besos y sonrisas!

Una voz cristalina
murmuró quedo una canción sonora,
con el delirio con que el labio nombra
á la mujer que en ilusión divina
con su gracia gentil nos enamora:
Oculto entre los mantos de la sombra
oí las confidencias
de aquellas almas al amor abiertas,
llenas de castos sueños, de inocencias,
sin las tristezas de ilusiones muertas.

De su fácil palabra en el derroche
que me traía la brisa pasajera,
extraño confidente de impresiones
fuí entre el vago silencio de la noche.
La esperanza, gallarda y hechicera,
se anidaba en aquellos corazones,
sin saber que esa flor siempre agoniza
cual neurótica virgen enfermiza.

¡Qué de locos ensueños,
qué de ansias amorosas,
qué de rosados pájaros risueños,
guardan en la cabeza
las pensativas vírgenes hermosas!

Fué una charla que en alas del deseo
de la casta pureza subió al cielo,
y que luego bajó como un gorjeo
que se apaga en profundo desconsuelo.
Al soplo triunfador de la alegría
las rosas y claveles florecieron,
y rumores de angélica harmonía
sus juveniles sueños envolvieron.

Y allí fueron las locas
alegres y espontáneas carcajadas:
las frases se escapaban de las bocas
por suspiros de amor acariciadas.

Oyendo las divinas pequeñeces,
las vagas expresiones de ternura,
el ideal esplendor de candideces
no sombreado por negra desventura;
al ver como reinaba la confianza
en los seres tan castos é inocentes,
jugueteando en las almas la esperanza
y bañando de luz las albas frentes:

Sentí que entristecido
por insondable pena,
se quedó el corazón que en negro olvido
sepultó à la ilusión blanca y serena:
y me alejé de allí con paso lento,
triste con mis amores,
sintiendo en mi cerebro las febriles
ambiciones de luz; mientras el viento
me llevaba suspiros y rumores
y lascivos perfumes femeniles.

F. TURCIOS.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.